

tumbre un motivo de emulacion entre los hijos, celosos de glorificar á sus padres con sus actos. Al fin siempre es esto mejor, que hijos nulos agobiados por la grandeza de su cuna.

En Madagascar todo pertenece al rey. El Estado teme de tal modo las usurpaciones del extranjero, que les prohíbe edificar casas de piedra y aun de madera; solamente les tolera chozas de caña, para que tengan siempre á la vista la consideracion de su transitoria residencia.

Los malgachos vencidos son esclavos que los gobernadores de provincia, nombrados por el rey, tratan como les parece. Estos comandantes asumen los tres poderes: militar, civil y jurídico. Mandan por consiguiente las armas, combaten las rebeliones y fijan el contingente extraordinario que, en caso de

guerra, debe suministrar cada familia. Reparten los impuestos, los mandan cobrar y los remiten á la capital, y mandan las corveas. Ignorando los malgachos el código ova, estos despóticos jefes lo aplican á su capricho: ellos los acusan, los juzgan y los despojan; porque en sus comandancias solo hay un objeto... enriquecerse.

La lejanía de la capital hace vana toda reclamacion, y el poder terrorífico de estos comandantes ahoga la voz de los mas audaces.

El comandante de provincia recibe las órdenes de la capital por medio de correos establecidos en paradas desde el camino de Tanariva hasta la cabeza de su comandancia: estos correos, malgachos siempre, hacen su servicio bajo la vigilancia de algunos soldados ovas, y deben estar siempre dispuestos á tras-



Islote Madame, en Santa Maria de Madagascar.

mitir los despachos, sin tener por ello sueldo ni remuneracion ninguna; solo están exentos de la servidumbre.

Cada poblacion malgacha tiene por jefe al descendiente mas directo del antiguo rey del pais, y en él delega algunos de sus poderes el gobernador ova. El jefe malgacho, llamado el gran juez, es al mismo tiempo el intermediario de los indígenas, y el comandante, por medio de los jefes de segundo orden.

El gran juez exclusivamente tiene el derecho de poner en su pueblo el *lapa*, casa, cobertizo ó tinglado donde se celebran los *kabares* y se administra justicia. Al lado se eleva el asta-bandera en que se iza el pabellon real, cuando viene el comandante, ó hay alguna embarcacion á la vista.

El gran juez resuelve todos los negocios entre los malgachos, los cuales pueden apelar del juicio á la autoridad ova; pero esta apelacion solo es para ellos una causa de ruina.

En este caso, el comandante cita á las partes á su *lapa* ó tribunal, donde se sienta con asistencia de sus oficiales, y una vez explicado el negocio, el fallo dictado es ejecutorio en el acto. Si el condenado no se presenta ó está ausente, se le despacha en comision de justicia un oficial, que seguido de una turba de ovas, procede á la ejecucion, llevando delante al portador de la azagaya con hoja de plata que se llama *tsitia lingua* (quien no quiere mentira, ó quien no se chancea).

Cuando el portador del *tsitia lingua* llega junto á la habitacion del que se busca, planta la azagaya en el suelo, y el condenado debe, á esta señal, mostrarse respetuoso y sumiso hácia todos los ejecutores de la sentencia; y en prueba de ello ha de hacerles entrar dándoles luego víveres, mas un presente de bienvenida á cada uno, consistente en un pedazo de plata de valor proporcionado á la importancia del que ha de recibirlo.



Gran latanero (especte de palmera.)

Hecho esto, éntrese en materia: los oficiales reclaman primeramente las costas del juicio, de las cuales se adjudican ellos una buena parte, y si el haber del infeliz ejecutado no basta á cubrirla, es vendido él y los suyos.

Además de esta clase de procedimiento, los ovas infligen á los justiciables penas corporales de bárbaro rigor, como azotes cuando en la servidumbre impuesta trabaja poco ó con descuido el malgacho; ó bien esposicion al sol, durante cierto número de días, aunque se trate de un jefe.

Leve parece este último castigo y es ciertamente uno de los mas crueles. Se le atan al paciente las manos á las rodillas con ligamentos de junco, castigándose al desdichado con doble pena, si por su culpa se rompen; el infeliz malgacho debe permanecer cara al sol y con la cabeza desnuda desde por la mañana hasta la noche, cualquiera que sea la temperatura y cualesquiera los días del castigo.

¡Admirable justicia! Ruina ó tortura, el vencido no podría sustraerse á ella: el comandante cuida de que el gran juez esté siempre bajo su dependencia, obligale á ser el opresor de sus compatriotas, y el desgraciado no puede menos de ser, ó cómplice ó víctima del ova.

## VIII.

Santa María.—La colonia.—El cabo de Ambre.—Nossi-Mitsiú.—Nossi-be.—Elsvilla.—Pasanalava.—Bavatubé.—Mr. Darvovoy.—Bombetok.—Moheli.—Ranunateka.—La reina de Mohe'i.—Vuelta á la Reunion.

El 1.º de octubre, á las cinco de la tarde, salimos de Tamatava, dirigiéndonos hácia Santa María, que descubrimos al salir el sol. Situada á 25 leguas Norte, la isla de Santa María se estiende al Este de Madagascar, en una longitud de 48 kilómetros por una latitud media de 2 ó 3.

Doblamos primeramente la isla de las Esteras: dos horas despues pasamos por delante de la isla de los Balleneros, yendo á echar el ancla á unos 200 metros del islote Madama, donde se halla establecido el gobierno de nuestra pequeña colonia.

Visto desde el mar, el panorama de Santa María es encantador: en primer término la isla Madama que defiende la bahía; la isla de los Piratas en el fondo; en frente la iglesia con su campanario; una calle de árboles seculares, bajo cuyos brazos se abriga la casa de los Jesuitas, y á todo lo largo de la costa, á la izquierda, las diseminadas casas de los empleados, el barrio malgacho de Ambudifutch y el magnífico paseo, que rebasando este caserío, va á terminar á la playa, lamida por las mil lenguas de aquel mar siempre sereno.

Pero tan bello paisaje no es por desgracia mas

que un engaño; pues mas allá, en el interior, todo está desierto, árido, desnudo. La isla es insalubre y estéril, escepto en algunos puntos; sus colonos son escasos y los miembros del gobierno solo se administran á sí mismos.

El gobernador, sin embargo, es un hombre notable por todos conceptos, y despliega una actividad prodigiosa por la prosperidad de su reinezuelo. En ninguna parte, asi en Mayotta como en Nossi-be, hemos visto mas movimiento: talleres de construcción, obras de salubridad, trabajos sin intermision en el puerto, etc., etc., todo marcha á la vez; pero se pregunta uno, ¿cuál es la utilidad, qué objeto tienen estos esfuerzos? Sin la posesion de Madagascar, Santa María no es mas que un punto de escala para nuestras naves de la costa, y el abandono de la isla nos parece muy probable en un tiempo mas ó menos lejano. Con la ocupacion de aquella, la isla vendria á ser, al contrario, el punto mas importante: seria entonces el depósito general de las mercancías de importacion y esportacion, y un puerto de arribada y de carena, un refugio seguro para nuestra marina y una fortaleza fácilmente defendida.

¿Ocuparemos á Madagascar? *That is the question.* No es este el lugar de ocuparnos de esto.

La poblacion negra de Santa María se compone de unos 6,000 ó 7,000 habitantes.

Los malgachos, bien que garantidos aquí de la tiranía ova, no parecen muy felices: se ha querido precipitar su civilizacion, contrariar sus inclinaciones, hacer violencia á su carácter. Un pueblo no se trasforma en pocos días: años y aun siglos se necesitan para modificarlo, admitiendo siempre una inmision de sangre.

El malgacho es un ser sensual por escelencia; falta de instinto religioso, su limitada inteligencia no puede comprender las prácticas á que se le ha querido desde luego precisar; se le ha querido educar lo mismo que al blanco, sin hacerlo pasar por esa escala progresiva que lo hubiera conducido mas fácilmente al deseado fin. Semejante sistema de precipitacion solo dará resultados negativos; anulará sus cualidades naturales, lo desmoralizará por la hipocresía, y le hará perder el respeto al blanco, á quien mira como superior.

Las misiones de Madagascar tienen, sin embargo, derecho á nuestra admiracion. En la abnegacion que los inspira, nuestros religiosos tienen el doble mérito de la perseverancia en una poblacion resistente, y el desinterés mas absoluto. Los metodistas ingleses les hacen una guerra encarnizada y los medios de que se valen les hacen en verdad temibles.

«Amigos míos, decia uno de estos, dirigiéndose al pueblo de Tanariva, amigos míos, estos hombres, los franceses, os dicen que es buena la religion que

os traen: no, no los creais. Cuando Jesucristo, nuestro Maestro, vino á santificar la tierra con su divina presencia, á Inglaterra vino á descender, y á nosotros únicamente nos confio su santa doctrina; pero nunca, jamás, oidlo bien, jamás puso los pies en Francia. En vista de esta preferencia, juzgad de la verdad de ambas religiones.»

Los ovas no se hallan seguramente en estado de averiguarlo para sostener lo contrario.

En Santa María tuvimos, como en Madagascar, nuestras fiestas: danzas bajo las enramadas á la orilla del mar, libaciones y juegos de todas clases. Los pobres malgachos se daban á la alegría tanto mas, cuanto que estaba ausente el gobernador, cuya presencia ahuyenta de la isla los juegos y las risas: acaso hayamos comprometido á nuestros negros amigos

y sean por tanto condenados á dos meses mas de seriedad; lo que es demasiado para el malgacho tan aficionado á reir, á pesar de todo.

Zarpamos el día 3 por la tarde, haciéndonos á la vela con rumbo á Nossi-be, á donde no debíamos arribar hasta dos días despues.

Costeamos en la travesía los términos de Madagascar, dejando á la izquierda la punta de Larrey; despues gobernando al Nordeste perdimos de vista la tierra para no volverla á ver hasta la altura del cabo Este, desde donde corrimos ya paralelamente á la costa.

Un vasto panorama, siempre nuevo, se desenvolvía á nuestros ojos: desde las altas montañas de Angontsy á las dentadas colinas de Vohemar y hasta las cumbres escarpadas de la montaña de Ambre,



Aldea de Nossi-be.

pudimos ver el perfil de la gran tierra, escepto los alrededores del cabo, donde el Océano, siempre agitado, nos obligó á largar. El día siguiente corrimos á toda máquina por un mar azul profundo y sereno como la linfa de un lago. A las diez doblamos la punta de San Sebastian: poco á poco fuimos descubriendo á Nossi-Mitsiú, patria de Tsimiar, nuestro aliado y último descendiente de los reyes del Norte. A las seis de la tarde fondeamos á igual distancia de Nossi-Fali y Nossi-be.

Al otro día pasábamos por entre la isla de Nossi-Cumba y el bosque de Lumbé para arribar á las once á la rada de Elsvilla, residencia oficial del gobierno.

Como Santa María, Nossi-be es meramente una dependencia de Madagascar: la toma de posesion de la isla puede considerarse igualmente como otro

punto importante para la ocupacion de la gran tierra.

Nossi-be ofrece la desnudez de las islas malgachas, siendo el primer cuidado de los negros incendiar los bosques para cultivar sus arrozales y procurar pastos para sus ganados. La administracion ha debido tomar las mas severas medidas para garantir el bosque de Lumbé de igual devastacion.

El suelo de la isla es en su mayor parte volcánico, y no pocos apagados cráteres, llenos de agua ahora, atestiguan la accion de los fuegos subterráneos. La rada de Elsvilla es bellísima; protegida de los vientos del Norte y de los del Este por la isla misma, por la de Nossi-Fali y la de Nossi-Cumba, la mar se estiende por allí limpia y serena como el cristal de un espejo; el paisaje es gracioso y animado, el contorno de la costa se quiebra en rápidas curvas, formando



La reina de Moheli.

pequeñas bahías, en cuyo fondo reposan á la sombra  
ep esbeltísimas palmeras dos ó tres caseríos malga-  
chos y mas lejos una aldea árabe.

Como en Santa María, la poblacion está agrupada  
en otra parte de la costa; el resto de la isla está casi  
desierto. Arrojos de sus dominios por la invasion



Baobab, ea Moheli